

SAN VICENTE FERRER Y EL PINTOR PALOMINO

Feliz coincidencia la de estas dos conmemoraciones, el V Centenario de la glorificación y canonización de San Vicente Ferrer y el III Centenario del nacimiento del pintor Antonio Palomino. Exaltación plena y magnífica por el Pontífice Calixto III, en la Ciudad Eterna, y el alba de un niño, que llegó como San Vicente a ser ministro de Dios, y como pintor fue, sin duda alguna, el mejor intérprete de la figura excelsa y sumamente extraordinaria de nuestro Padre y Patrono San Vicente Ferrer.

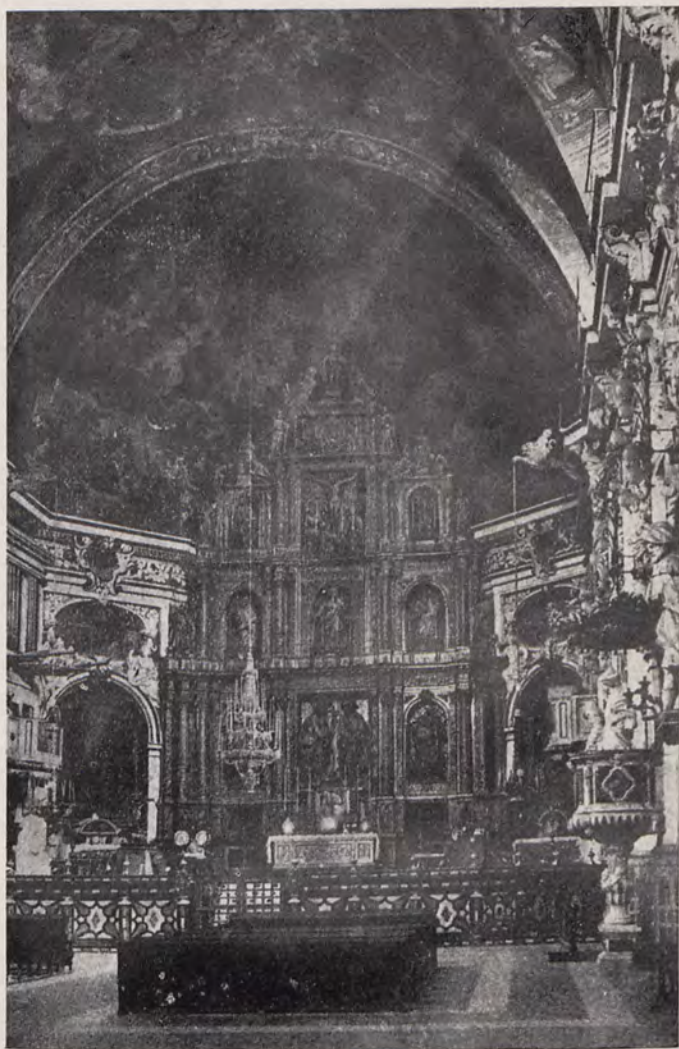
Precisamente, por desaparecidas en triste fecha, con mayor afán, admiración y entusiasmo deben ser recordadas las pinturas del gran artista cordobés que plasmó en los comienzos del siglo XVIII en la bóveda de los Santos Juanes de nuestra dilecta ciudad.

Sabido es que en el centro de la maravillosa Gloria, entronizó Palomino al Supremo Hacedor, entre ángeles, arcángeles y serafines, cuya idea desarrolló el artista de los diferentes misterios del Apocalipsis, y en especial del capítulo XIV que el Evangelista San Juan describe el Trono del Señor; pero la figura señera y genial, con ser todas admirables las que trazó Palomino en los celebrados frescos de San Juan, del Mercado, destacaba singularmente la arrogante representación de San Vicente Ferrer volando en el deleitoso Empíreo: EL ÁNGEL DEL APOCALIPSIS.

«Pónese también—nos dice el artista en su libro «Museo Pictórico y Escala Óptica»— el Ángel del Apocalipsis, Apóstol Valenciano San Vicente Ferrer, el cual está volando en medio del cielo...»

Por nuestra parte, al glosar tan maravillosa figura de San Vicente Ferrer, modestamente expusimos en el libro «El Magno Pintor del Empíreo» lo siguiente:

«La figura representada del Apóstol valenciano San Vicente Ferrer, que briosamente destaca en lugar preferente, es ideal en la concepción del artista, así como atrevida en su ejecución. El Santo dominico se halla desprendido de la bóveda. Sobre el fondo del cielo infinito, donde ya no se perciben más que de una manera difuminada las figuras de espíritus inmortales, la silueta del Ángel del Apocalipsis adquiere un relieve extraordinario. La actitud es tan natural, que realmente le vemos en medio del espacio invocando su famoso lema «Temed a Dios y dadle honor». Las alas extendidas son de una precisión tan perfecta que causa verdadero asombro.



Vista del retablo mayor y parte del fresco del genial Antonio Palomino antes de la revolución. Iglesia de los Santos Juanes. Valencia

Desde la infancia, cuando en unión de nuestros llorados padres asistíamos a los actos del culto, en esta iglesia, nos cautivó de tal manera la imagen de San Vicente Ferrer, que jamás se borrará de la imaginación. La figura del Apóstol de Europa volando en el espacio es un recuerdo indeleble de la tierra que vimos la primera luz; por ello, amantes como el que más de estas bellas manifestaciones artísticas que Valencia conserva para honor y gloria de España, nos permitimos creer, con la mejor intención, de buena fe y sin pretensión alguna desde luego, que la idea de don Antonio Palomino de Castro y Velasco, tan correctamente ejecutada, tan naturalmente vestida, que, efectivamente, parecen los pliegues del

hábito dominicano de un paño un tanto recio, porque en medio del espacio, como se halla, se resisten al aire por su propio peso: que el San Vicente Ferrer vale por toda la pintura del famoso cielo de los Santos Juanes.»

Esto quedó impreso en nuestro modesto libro antes mencionado a su publicación, en el año 1928; pero justo es emitir un valioso juicio posterior, por uno de los mejores comentaristas del pintor Palomino, el ilustre escritor y catedrático de la Universidad de Valencia, doctor don Felipe Garín Ortiz de Taranco, en su libro «Loa y Elegía de Palomino, en su decoración de los Santos Juanes de Valencia»:

«Pero el pintor, no olvidando que pinta en Valencia y para Valencia, la regaló con un detalle finísimo de su gentileza, sólo posible en quien era, a la vez, teólogo, historiador, artista, cortesano e hidalgo: entre el trono del Padre y el arco triunfal, en lugar destacado de todos los demás Santos, y



Trono del Padre Eterno entre Ángeles y Santos. En el centro, San Vicente Ferrer. Iglesia de los Santos Juanes. Valencia



Destacado detalle del fresco de Palomino, con la arrogante figura del Ángel del Apocalipsis.
Iglesia de los Santos Juanes. Valencia

bien visible por el claroscuro rotundo de su indumentaria dominica, asociada maravillosamente a unas alas batientes, colocó la, para nosotros siempre familiar y queridísima, efigie del más valenciano de los santos y el más santo de los valencianos, Vicente Ferrer, pasmo de su siglo, Apóstol de Europa y figura máxima, aún no bastante conocida por muchos de su Valencia natal...»

«Y pensamos que Valencia —prosigue el Sr. Garín Ortiz de Taranco— exaltada así, en su hijo más ilustre de todos los tiempos, a las esferas más altas de la Gloria, no debiera dejar de llorar, por todos los siglos o los milenios, que le queden de ser ciudad sobre el planeta, la desgracia y la vergüenza inmensa de haber perdido, o dejado perder, aquel delicadísimo obsequio del hidalgo cordobés, cortesano, pintor, historiador y teólogo, autor de uno de los homenajes más bellos y simpáticos que haya jamás recibido el gran Santo de la calle del Mar, misionero de Occidente.»

Hermosa glosa vicentina que honra al pintor Palomino y homenaje mutuo en los centenarios que conmemoramos de San Vicente Ferrer y el noble hijo de la ciudad de Bujalance, el felicísimo intérprete de la gloriosa figura del Ángel del Apocalipsis.

No olvidó el pintor Palomino a nuestro Padre y Patrono San Vicente Ferrer en otras composiciones; así igualmente lo vemos hoy en el fresco de la Real Basílica de la Patrona de Valencia, junto a San Vicente Mártir; en la famosa pintura del medio punto del Convento de San Esteban de Salamanca; con otros Santos, en la bóveda de la Cartuja de Granada, y en su Gloria, de la Cartuja del Paular. Obra también maravillosa y la última precisamente del eximio pintor Antonio Palomino de Castro y Velasco, que supo ofrendar a Valencia la más primorosa representación de San Vicente Ferrer.

Enrique Moya Casals